



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Solemnidad de Todos los Santos

Jueves 1 de noviembre de 2001

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Celebramos hoy la *solemnidad de Todos los Santos*. En la luz de Dios recordamos a todos los que han dado testimonio de Cristo durante su vida terrena, esforzándose por poner en práctica sus enseñanzas. Nos alegramos con estos hermanos y hermanas nuestros que nos han precedido, recorriendo nuestro mismo camino, y que ahora, en la gloria del cielo, gozan del premio merecido

Estos son los que, según la expresión del Apocalipsis, "vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero" (*Ap 7, 14*). Han sabido ir contra corriente, acogiendo el "sermón de la montaña" como norma inspiradora de su vida: pobreza de espíritu y sencillez de vida; mansedumbre y no violencia; arrepentimiento de los pecados propios y expiación de los ajenos; hambre y sed de justicia; misericordia y compasión; pureza de corazón; compromiso en favor de la paz; y sacrificio por la justicia (cf. *Mt 5, 3-10*).

Todo cristiano está llamado a la santidad, es decir, a vivir las bienaventuranzas. Como ejemplo para todos, la Iglesia indica a los hermanos y hermanas que se han distinguido en las virtudes y han sido instrumentos de la gracia divina. Hoy los celebramos a todos juntos, para que con su ayuda crezcamos en el amor a Dios y seamos "sal de la tierra y luz del mundo" (*Mt 5, 13-14*).

2. La comunión de los santos supera el umbral de la muerte. Es una comunión que tiene su centro en Dios, el Dios de los vivos (cf. *Mt 22, 32*). "Dichosos los muertos que mueren en el Señor" (*Ap 14, 13*), leemos en el libro del Apocalipsis. Precisamente la fiesta de Todos los Santos

ilumina el significado de la *conmemoración de Todos los fieles difuntos*, que celebraremos mañana. Esta es una jornada de oración y de profunda reflexión sobre el misterio de la vida y la muerte. "Dios no hizo la muerte" —afirma la Escritura—, sino que "todo lo creó para que subsistiera" (*Sb 1, 13-14*). "La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo, y la experimentan los que le pertenecen" (*Sb 2, 24*).

El Evangelio revela cómo Jesucristo tenía un poder absoluto sobre la muerte física, que consideraba casi como un sueño (cf. *Mt 9, 24-25; Lc 7, 14-15; Jn 11, 11*). Jesús sugiere que hay que tener miedo de otra muerte: la del alma, que a causa del pecado pierde la vida divina de la gracia, quedando excluida definitivamente de la vida y de la felicidad.

3. Por el contrario, Dios quiere que todos los hombres se salven (cf. *1 Tm 2, 4*). Por eso envió a la tierra a su Hijo (cf. *Jn 3, 16*), para que todos los hombres tengan vida "en abundancia" (cf. *Jn 10, 10*). El Padre celestial no se resigna a perder a ninguno de sus hijos, sino que quiere que todos estén con él, y sean santos e inmaculados en el amor (cf. *Ef 1, 4*).

Santos e inmaculados como la Virgen María, modelo eminente de la humanidad nueva. Su felicidad es plena, en la gloria de Dios. En ella resplandece la meta a la que todos tendemos. A ella le encomendamos a nuestros hermanos difuntos, en espera de encontrarnos con ellos, en la casa del Padre.

* * *

Esta tarde bajaré a la cripta vaticana para orar ante las tumbas de mis predecesores, que están enterrados allí. Iré espiritualmente en peregrinación a todos los cementerios del mundo, donde reposan los que nos precedieron en el signo de la fe y esperan el día de la resurrección.

En particular, elevaré mi oración de sufragio por las numerosas víctimas de la violencia, sobre todo de estos últimos tiempos, y recordaré también, de modo especial, a cuantos sacrificaron su vida por permanecer fieles a Cristo hasta el fin. A la oración por ellos se une la invocación al Señor para que conceda consuelo y alivio a cuantos sufren por la trágica muerte de sus seres queridos. Que la bendición de Dios descienda sobre todos.